

DUDAS RAZONABLES. UN ALEGATO CONTRA EL CATASTROFISMO CLIMÁTICO

Reasonable doubts. A case against climate catastrophism

JUAN JOSÉ MERCADO*

Fecha de recepción: 7 de febrero de 2024

Fecha de aceptación: 31 de marzo de 2024

1. Introducción

Según las últimas estimaciones, la edad de la Tierra se cifra en 4.543 millones de años. En todo ese tiempo, lo único *permanente* ha sido, paradójicamente, el *cambio*. Convertido inicialmente en una inmensa bola de fuego, nuestro planeta ha ido conformándose a base de todo tipo de catástrofes naturales: meteoritos, terremotos, inundaciones, huracanes y los más bruscos cambios de temperatura han sido la causa directa de todo cuanto hoy vemos a nuestro alrededor.

Los seres humanos anatómicamente modernos *sólo* hemos sido testigos de los últimos 200.000 años y nuestro éxito como especie se ha debido, precisamente, a la gran capacidad de adaptación frente al entorno hostil que representaba para nosotros la Tierra y su cambiante clima.

Fue un camino duro, lleno de esfuerzo y sufrimiento. Pero hace apenas 200 años, todo cambió. El conocimiento y las instituciones evolucionadas espontáneamente a lo largo del tiempo y unas concretas circunstancias históricas hicieron que eclosionara lo que

* Productor Ejecutivo en Amagifilms Producciones. Director y Guionista de los documentales "Fraude. Por qué la gran recesión", "En defensa del euro" y "Ni es Justicia ni es Social".

hoy conocemos como la Revolución Industrial. Y con ella, el progreso y la abundancia que antes nos había sido negada. Por fin, después de miles de años, la famosa trampa malthusiana —según la cual, *a mayor población, menos recursos disponibles*— se abrió y el ser humano pudo escapar de ella. Jamás habíamos sido tantos y jamás la historia conoció un periodo tan próspero, sano y pacífico como el que tenemos la suerte de vivir.

Pese a que los datos son contundentes¹, esta visión no es uniformemente compartida. Desde hace unos años, las élites políticas y educativas defienden que todo esto ha sido solo un feliz espejismo. Que la trampa malthusiana solo ha expandido temporalmente sus límites y que estamos a punto de tocar sus duros barrotes de nuevo. Peor aún, aseguran que nuestro actual modo de vida puede suponer para la Tierra una amenaza muy superior a cualquiera de las catástrofes naturales referidas más arriba.

El argumento es bien conocido: nuestro actual desarrollo, basado en el capitalismo nacido de la Revolución Industrial, depende en exceso de los combustibles fósiles. Éstos, al usarse, liberan gran cantidad de dióxido de carbono (CO₂), uno de los más conocidos gases de *efecto invernadero*, por lo que su emisión provoca una subida de la temperatura en todo el planeta. Una subida cuyas consecuencias —calculadas con los más sofisticados modelos informáticos— serán catastróficas.

Así expuesto, el caso parece cerrado. Nos dicen que el *crimen* es aumentar la temperatura terrestre. Que el *arma* son los combustibles fósiles, de los que depende nuestro modelo económico. Y, sobre todo, que el *culpable* no puede ser otro que el ser humano.

Asumir esta tesis supondría inevitablemente abandonar el tan ansiado camino de la prosperidad emprendido hace apenas 200 años. Habida cuenta de la gravedad del asunto, convendría tener la mayor de las certezas antes de dictar sentencia definitiva. Una sentencia que fuera más allá —mucho más allá, si cabe— de toda *duda razonable*.

¹ En 1800, por ejemplo, la esperanza de vida era de apenas 29 años; hoy ronda los 85. Hace doscientos años, el 94% de la población sufría la pobreza extrema; hoy es apenas el 9%. En el siglo XX, el 46% de los niños moría antes de alcanzar la edad adulta; hoy el 97% la sobrepasa. (Fernández Ordóñez, 2022, pp. 30-32)

2. Malthus y el miedo irracional

Tendemos a pensar en la Revolución Industrial como un mero acontecimiento histórico de un pasado remoto. Sin embargo, hay razones más que suficientes para pensar que nuestras sociedades siguen inmersas aún en el enorme proceso de cambio que supuso. Todavía nos falta perspectiva para poder valorar sus profundas implicaciones. Tanto es así que la mayoría de las personas, da igual su condición académica, son aún incapaces de comprender la influencia que ese proceso ha tenido para nuestras sociedades. Y en cierto modo es normal que así sea.

Hasta principios de 1800, apenas había diferencia entre las economías de los humanos y el resto de los animales. Para los animales y las plantas es siempre cierto que, *a mayor población, más escasez y conflicto* entre ellas. Y, como decimos, durante la mayor parte de la vida del ser humano este ha sido el caso también.

Los grandes pensadores dedicaron mucho tiempo a esta cuestión, aunque quizá ninguno con el éxito de **Thomas Malthus** y su Primer ensayo sobre la población (1798)². Fue él quien, con su famosa idea de que la población aumenta en progresión *geométrica* y los alimentos en progresión *aritmética*³ cristalizó un miedo irracional que ha permanecido inalterado con el tiempo: los recursos son escasos y, cuanta más gente haya, menos disponibilidad habrá. Esta es la llamada *trampa malthusiana* en la que vivimos encerrados los seres humanos hasta hace apenas 200 años.

² La originalidad del ensayo de Malthus es escasa, como demostró ampliamente Henry Hazlitt (Hazlitt, William, 1930-34). Sin embargo, su éxito fue arrollador, algo que autores como Murray Rothbard achacan al uso visual que hizo Malthus de las matemáticas. (Rothbard, 2006).

³ La cita literal de Malthus dice así: "La población, si no encuentra obstáculos, aumenta en progresión geométrica. Los alimentos tan sólo aumentan en progresión aritmética. Basta con poseer las más elementales nociones de números para poder apreciar la inmensa diferencia a favor de la primera de estas dos fuerzas". Más adelante, Malthus se encarga de enfatizar su importancia y de mostrar, con ello, su incompreensión de la innata —y diferencial— naturaleza creativa del ser humano: "Todos los demás argumentos, comparados con este, son de escasa y secundaria significación. No veo manera por la que el hombre pueda eludir el peso de esta ley, que abarca y penetra toda la naturaleza animada". (Malthus, 1798, 1982, pp. 53-55).

Hasta entonces, la población había ido aumentando muy lentamente de manera más o menos constante. Pero alrededor de 1800 se produjo una ruptura brusca en la tendencia y el crecimiento poblacional pasó de los 900 millones a los casi 8.000 millones actuales. A priori, parecía razonable que a un aumento tan espectacular de la población mundial le siguiera la hecatombe tan ampliamente pronosticada por Malthus y sus seguidores.

Sin embargo, lejos de producirse el hundimiento, la historia dio paso a un periodo de prosperidad nunca antes visto. Al vertiginoso ascenso de la población le siguió en paralelo el incremento del ingreso per cápita⁴, algo inédito hasta entonces, y solamente posible por haber alcanzado el ser humano un nivel de madurez intelectual capaz de provocar la suficiente innovación tecnológica “gracias al ahorro generado por la abstención del ocio y el consumo inmediato”⁵.

A través del tiempo, la acción espontánea de los seres humanos fue dando forma a una serie de instituciones fundamentales: el dinero, el lenguaje, el derecho, ... Y, en paralelo, un proceso más lento aún en el que el hombre, físicamente débil y poco preparado para lidiar con una naturaleza que le era hostil, se fue viendo obligado a desarrollar una inteligencia suficientemente desarrollada.

Uno de los factores acuciantes para ello fue precisamente un clima cuyos continuos cambios han actuado de acicate en el desarrollo cognitivo de los seres humanos. Nuestra propia supervivencia como especie ha consistido, de hecho, en intentar predecir los cambios y las fluctuaciones climáticas a fin de *anticipar* sus efectos y asegurar el suministro *futuro* de alimentos. La existencia de estos cambios y fluctuaciones constantes a lo largo del tiempo —lluvias, sequías, olas de calor, heladas, ...— requirió que factores cada vez más remotos como el sol, la luna y las estrellas, y tramos cada vez más largos de tiempo debían tenerse en cuenta para

⁴ “Incluso antes de que se imprimiera su primer libro, Malthus perdió su argumento principal, porque de 1700 a 1798, la población de Inglaterra aumentó de 5,2 a 8,44 millones de personas (un 62,3%), y durante el mismo periodo, el PIB nominal por persona por año aumentó de 12,37 a 23,97 libras esterlinas (un 93,8%).” (Tupy y Pooley, 2023, p. 90).

⁵ (Hoppe, 2021, p. 81.)

sobrevivir. El ser humano se vio así forzado a estudiar *cadena cada vez más largas de causas y efectos*. Tuvo que ampliar su horizonte de planificación: debía actuar en el presente para obtener el éxito en un futuro cada vez más lejano, algo ni mucho menos obvio ni trivial⁶. Por eso necesitamos tanto tiempo para escapar de la trampa malthusiana.

La realidad, no obstante, es incontestable y, lejos de alimentar el miedo irracional de los seguidores de Malthus, ha ido —cada vez con más fuerza— demostrando que se basa en un profundo error intelectual. Si nos fijamos en los últimos 40 años, vemos que el aumento de un 71,2% de la población mundial ha conllevado el incremento de un 503% de los recursos globales⁷.

3. El catastrofismo climático como excusa

Quizá sólo argumentos propios de la psicología evolutiva pueden explicar que, frente a la claridad de los datos, aún hoy siga vigente el *miedo* al aumento de la población y la escasez de los recursos.

Ese es el argumento base del libro *The population bomb* (1968), de Paul Ehrlich, cuya publicación supuso el inicio del llamado *neomalthusianismo*. Pese a que una y otra vez las negras predicciones de este famoso entomólogo se han demostrado falsas⁸, su prestigio

⁶ La idea de plantar cultivos primero, luego cuidarlos y protegerlos de las inclemencias del clima y, finalmente cosecharlos —o la idea de domesticar, manejar y criar animales— necesitó miles de años de selección natural en condiciones de cazadores recolectores.

⁷ (Tupy y Pooley, 2023, p. 17.)

⁸ La portada de la primera edición de su libro llevaba como subtítulo la siguiente frase: “While you are reading these words four people will have died from starvation. Most of them children”. Un poco más adelante, abría el prólogo con la siguiente sentencia: “The battle to feed all of humanity is over. In the 1970’s the world will undergo famines — hundreds of millions of people are going to starve to death” (Ehrlich, Paul R., 1968, p.11). Hasta tal punto es errada su predicción que hoy día el problema nutricional de buena parte del mundo es la obesidad, no el hambre —incluso en países africanos— salvo en zonas de guerra activa (Tupy y Pooley, 2023, p. 49).

Es famosa la apuesta que hizo con el economista Julian Simon, gran detractor de la teoría del fin de los recursos naturales. Ehrlich eligió 5 recursos naturales que pensaba que se agotarían en 10 años. Cuando se cumplió el plazo, todos los recursos elegidos, lejos de agotarse, habían crecido como nunca antes en la historia.

social y académico no ha parado de crecer, teniendo una influencia clave en el Club de Roma, quizá el origen más directo del actual movimiento ecologista.

Apenas 5 años después de la publicación de Ehrlich, los miembros del Club publicaron *The limits to growth* (1972), con casi 10 millones de ventas. En él se usaban los mismos argumentos ya conocidos desde Malthus con el añadido fundamental de una serie de modelos matemáticos que dotaban a sus tesis de una aparente solidez científica y una carga visual tremendamente atractiva para los medios de comunicación, anticipando los actuales modelos utilizados por las Naciones Unidas para profetizar sobre los peligros climáticos futuros. En ambos casos, y pese a su efectividad a la hora de incrementar su prestigio de cara al público, adolecen de un fallo fundamental: su visión *estática* de la acción humana y su nula comprensión de la innata *capacidad creativa* del ser humano. De ahí sus constantes choques con la propia realidad.

Según su visión, y dado el enorme crecimiento poblacional que se estaba viviendo, urgía diseñar un nuevo orden mundial que frenase el ritmo de las naciones industrializadas. Uno de los principales líderes del Club, Maurice Strong, se preguntaba en 1990: “¿Acaso no es el colapso de las civilizaciones industrializadas la única esperanza para el planeta? ¿Acaso no es nuestra responsabilidad conseguir que esto pase?”⁹.

Sólo hacía falta buscar una excusa creíble que aunase las suficientes voluntades. La posible solución la hallaron en 1991, cuando “en la búsqueda de un enemigo común contra el que podamos unirnos, se nos ocurrió que la contaminación, la amenaza del calentamiento global, la escasez de agua, la hambruna y otros fenómenos similares encajarían a la perfección.”¹⁰

⁹ Entrevista concedida a la publicación canadiense “The Globe and Mail” en su número de mayo de 1990.

¹⁰ La cita completa, extraída de una de las principales publicaciones del Club de Roma, demuestra la elección del catastrofismo climático por razones prácticas y, asimismo, el carácter antihumano del movimiento: “In searching for a common enemy against whom we can unite, we came up with the idea that pollution, the threat of global warming, water shortages, famine and the like, would fit the bill. In their totality and their interactions these phenomena do constitute a common threat which must be confronted by everyone together. But in designating these dangers as the enemy, we

Maurice Strong tuvo claro desde el principio las condiciones necesarias para que triunfase el plan: necesitaban el máximo poder político para poner en práctica sus ideas, pero dando, a su vez, un aire de *imparcialidad* científica que les posicionara moralmente por encima de las luchas partidistas. El instrumento adecuado lo encontraron en las Naciones Unidas, donde Strong se movía como pez en el agua gracias a sus innatas habilidades para establecer contactos del más alto nivel¹¹.

Todo empezó en la Conferencia de la ONU de 1977 sobre el Medio Ambiente celebrada en Estocolmo, presidida por el propio Strong con gran eficacia. Ya en la primera sesión plenaria, consiguió la aprobación de sus tres principales objetivos: una declaración formal sobre la influencia del ser humano sobre el medio ambiente, el diseño de un plan de acción concreto y la creación de una estructura financiada por un Fondo Mundial para el Medio Ambiente.

A partir de ahí, se inició una doble vía de trabajo que fue desarrollándose imparable durante 20 años: por un lado, el avance de una agenda política práctica y cierta y, por otro, la *fabricación* de una evidencia científica que dotara el proyecto de legitimidad moral.

Su primer gran éxito fue el Protocolo de Montreal en 1987. Antes de señalar al CO₂, Strong y sus colegas, en la búsqueda de un producto humano al que poder acusar de desastres climáticos inmediatos, dieron con los famosos CFCs¹² y su supuesta destrucción de la capa de ozono. Pese a que después se demostrara que el famoso agujero era debido a causas naturales, nada les impidió vender el éxito del Protocolo y seguir avanzando en sus medidas.

fall into the trap, which we have already warned readers about, namely mistaking symptoms for causes. All these dangers are caused by human intervention in natural processes, and it is only through changed attitudes and behaviour that they can be overcome. The real enemy then is humanity itself". (King, Alexander; Schneider, Bertrand, 1993, p.70).

¹¹ El relato histórico de los hechos que siguen están detallados por Tim Ball en *The deliberate corruption of climate change* (2014).

¹² Los CFC o clorofluorocarbonos son gases inertes derivados de los hidrocarburos saturados y usados en la industria de la refrigeración y aislantes térmicos, entre otros. Fueron acusados de ser responsables del llamado agujero de la capa de ozono.

La ciencia, a estas alturas, ya había cedido todo el terreno a la política, como admitieron abiertamente en la Conferencia de la ONU celebrada en Rio de Janeiro en 1992. Por un lado, establecieron el llamado Programa 21 que, en su decimoquinto principio, establecía: “A fin de defender el Medio Ambiente [...] *la ausencia de certezas científicas no puede ponerse de excusa para posponer medidas de precaución*”¹³. Por otro lado, en esa misma Conferencia fue aprobada la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático (UNFCCC), donde se estableció la *definición oficial* del Cambio Climático como “el cambio de clima *atribuido, directa o indirectamente, a la actividad humana*”¹⁴.

De este modo quedaba fijada la visión oficial. Y se hacía con una doble perversión: primera, la asunción acientífica y en exclusiva de la culpabilidad del ser humano; y segunda, la necesidad de actuar políticamente en consecuencia sin necesidad de datos científicos que avalen la acción. También quedó fijado el relato oficial, aun a costa de contradecir todo cuanto habían dicho durante los diez años anteriores, cuando la causa de los miedos no era el calentamiento, sino el *enfriamiento* global¹⁵.

Pero en los años 80, la temperatura media de la Tierra comenzó a ascender. Es en este momento donde surge el rescate de la hoy famosa teoría del *efecto invernadero*, ampliamente ignorada y despreciada desde sus inicios por los mismos que ahora se abrazaban a ella. A estas alturas, los planes originales de Maurice Strong y el Club de Roma estaban definitivamente listos.

Quedaba por delante la inmensa tarea de sembrar esas ideas en la mente de millones de personas. Convencerles de algo a priori

¹³ Disponible en <https://www.un.org/spanish/esa/sustdev/agenda21/riodeclaration.htm> (consultado el 25 de marzo de 2024)

¹⁴ Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático (Art. 2).

¹⁵ El propio Ehrlich como John Holdren —principal asesor del presidente Barak Obama en asuntos climáticos— alertaban juntos en un ensayo de 1971 sobre “la actual tendencia mundial al enfriamiento”, pronosticando que “un simple aumento de 1% de la cobertura de nubes bajas haría disminuir la temperatura de la superficie en 0,8 grados centígrados” (Holdren y Ehrlich, 1971). No eran los únicos. La prensa alertaba continuamente sobre el consenso científico en torno al inevitable enfriamiento. Una lista de casos de expertos que alertaban sobre el frío y hoy lo hacen sobre el calor, así como de titulares apocalípticos sobre una hipotética Tierra congelada puede consultarse en *Un futuro fósil*, de Alex Epstein (2023).

imposible: que habiendo conocido por fin la abundancia, era necesario que volvieran a un periodo de escasez volviendo a caer en la trampa malthusiana. Y esto solo podían conseguirlo con el miedo.

Todos los esfuerzos de Naciones Unidas —en concreto, el Panel Intergubernamental sobre el Cambio Climático (IPCC)— debían estar, pues, encaminados a este gran objetivo. Los principios fundacionales antes referidos debían aplicarse con severidad: el ser humano es culpable y las posibles dudas no son excusa a la hora de tomar medidas.

El problema es que para mantener estas posiciones hay que enfrentar la gran paradoja de que, siendo necesario obviar el método *propio* de la ciencia natural, era imprescindible, a su vez, conseguir el aval de la comunidad científica. Tanto como fuera posible, a fin de presentar sus conclusiones no como avaladas por un grupo de científicos, sino por *la ciencia misma*. El éxito de este objetivo ha supuesto *de facto* una *estatalización* de la ciencia climática y a lo largo del proceso se han sucedido una gran cantidad de ejemplos de mala praxis.

Así sucedió en 1995, con ocasión de las reuniones preparatorias del que sería el Segundo Informe del IPCC. Reunidos en Madrid, un grupo de reputados científicos acordó el texto del que sería el capítulo más importante del informe, titulado “Detección del Cambio Climático y Atribución de Causas”. Entre sus conclusiones más importantes, cabe destacar las siguientes:

- “Ninguno de los estudios citados anteriormente han mostrado pruebas claras de que podamos atribuir los cambios [climáticos] observados a la causa específica del aumento de los gases de efecto invernadero”.
- “Aunque algunas de las bases de patrones aquí comentadas han afirmado haber detectado un cambio climático significativo, ningún estudio hasta la fecha ha atribuido positivamente todo o parte del cambio climático observado a causas provocadas por el hombre”.
- “Es probable que cualquier afirmación de detección y atribución positiva de un cambio climático significativo siga siendo controvertida hasta que se reduzcan las incertidumbres sobre la variabilidad natural total del sistema climático”.

- “Aunque ninguno de estos estudios ha considerado específicamente la cuestión de la atribución, a menudo extraen algunas conclusiones de atribución, para las que hay poca justificación”.

En definitiva, era un texto propio de científicos donde, más que verdades absolutas, lo que se muestra es el verdadero estado de la cuestión climática: llena de incertidumbres y dudas razonables. Y por eso no gustó a los grandes arquitectos del IPCC.

Pero el organismo tenía prevista la manera de corregir este tipo de situaciones. En sus propios principios generales, el IPCC establece que, junto a cada informe científico, se elaborará un segundo informe llamado Resumen para Políticos. A priori, este segundo informe debería ser síntesis accesible del primero. Sin embargo, el Resumen no es sólo un documento autónomo, sino que, según los propios principios del IPCC, los autores del Informe Científico podrían verse obligados a cambiarlo a fin de no entrar en conflicto con el Resumen, que es publicado —y publicitado— varios meses antes de que se haga público el Informe Científico. De hecho, es el único documento usado por los medios y los políticos¹⁶.

En este caso, los principios del IPCC fueron invocados para que el texto quedase pulido de toda duda y las certezas fluyeran en la dirección correcta. Pese a que las conclusiones científicas antes citadas fueron aprobadas en pleno en Madrid y ratificadas un mes después en Roma, el encargado del capítulo, Benjamin Santer, se ocupó de que más de 15 secciones fueran borradas o modificadas¹⁷ hasta el punto de cambiar radicalmente el sentido de sus afirmaciones. Así, en el texto definitivo podían leerse afirmaciones como que:

“Existen pruebas de un patrón emergente de respuesta climática al forzamiento por gases de efecto invernadero y aerosoles de sulfato [...] a partir de los patrones geográficos, estacionales y verticales del cambio de temperatura [...] Estos resultados apuntan hacia una influencia humana en el clima global”.

¹⁶ (Ball, 2014).

¹⁷ (Singer, Legates & Lupo, 2021).

“El conjunto de pruebas estadísticas del capítulo 8, cuando se examina en el contexto de nuestra comprensión física del sistema climático, apunta ahora a una influencia humana discernible en el clima global...”.

Los científicos encargados del informe original quedaron consternados ante tal atropello y no tardaron en denunciarlo. En palabras de uno de ellos, el Dr. Frederick Seitz, “en mis más de 60 años como miembro de la comunidad científica estadounidense, incluido el cargo de presidente tanto de la Academia Nacional de Ciencias como de la Sociedad Americana de Física, nunca he sido testigo de una corrupción más inquietante del proceso de revisión por pares que los acontecimientos que condujeron a este informe del IPCC” (Seitz, 1996).

Pero ya era tarde. Para cuando llegaron estas denuncias, Benjamin Santer y los demás responsables del IPCC ya habían conseguido que la supuesta *influencia humana discernible* hubiera aparecido como verdad absoluta en los medios de comunicación de todo el mundo, incluidas las revistas científicas más prestigiosas. Al proceso de difusión mediática del texto manipulado, siguió en paralelo una campaña de desprestigio personal contra quienes se encargaron de denunciar el caso, en una táctica que ha devenido en habitual contra los discrepantes.

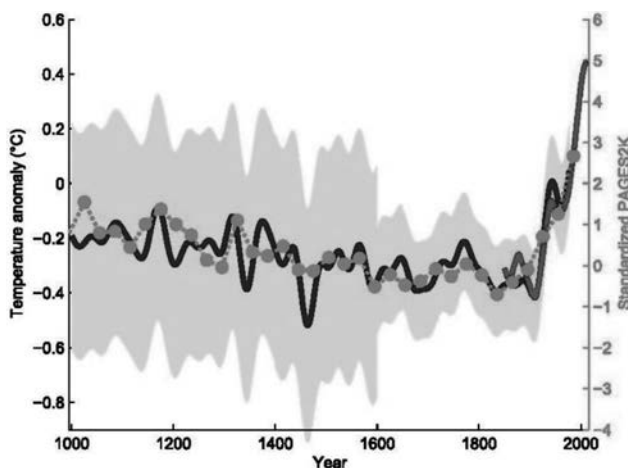
La gravedad de los hechos alrededor del Segundo Informe del IPCC quedó pronto olvidado. Un escándalo aún mayor estaba por llegar.

En 1999, un grupo de científicos norteamericanos liderados por **Michael E. Mann** publicaron un artículo en la revista “Nature”, en el que establecían una correlación entre las emisiones de CO₂ y la subida de las temperaturas desde el año 1400 hasta finales del siglo XX. Lo más llamativo del artículo fue un gráfico que mostraba cómo desde la primera fecha considerada hasta los albores del siglo XX, la temperatura prácticamente se mantenía plana pero, ya en pleno siglo XX, ascendía abruptamente. Todo, según los autores, debido a las emisiones de CO₂ antropogénicas.

Este gráfico, popularmente conocido por su forma como “Palo de Hockey”, se convirtió de manera automática en el símbolo de todo el movimiento ecologista: revistas científicas, medios de comunicación,

políticos, ONGs, documentales y miles de trabajos de divulgación fueron ilustrados con este famoso gráfico. Finalmente, en 2001, fue incorporado en el Tercer Informe de Evaluación del IPCC.

GRÁFICO 1.



Fuente: Mann, Michael E.; Bradley, Raymond S.; Hughes, Malcolm K. (1999).

Pese a que todo parecía indicar que por fin se había encontrado la representación gráfica que demostraba las denuncias ecologistas, pronto se descubrió que lo hacía porque estaba debidamente *diseñado* para ello, algo que evidenciaron en 2003 el estadístico canadiense Stephen McIntyre y el economista Ross McKittrick¹⁸.

Además de una amplísima serie de errores metodológicos (fallos de cotejo, extrapolaciones injustificables de los datos fuente, errores de localización...), los autores denunciaron que Mann y sus colegas habían *forzado* los datos hasta tal punto que, aun usando datos aleatorios, se obtuvieran patrones con forma de palo de hockey¹⁹.

¹⁸ (McIntyre, S. & McKittrick R, 2003)

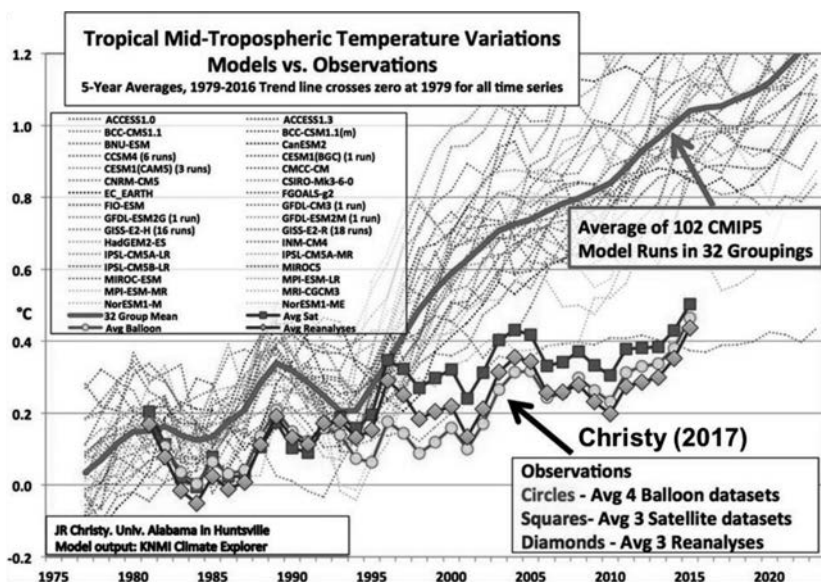
¹⁹ Pese a la magnitud del fraude desenmascarado, Michael E. Mann —como Ehrlich o el propio Malthus— sigue gozando hoy de prestigio académico y su gráfico sigue siendo ampliamente divulgado en revistas científicas, libros de texto o documentales oscarizados como el de Al Gore.

Lo peor de estos ejemplos de corrupción científica no son los casos concretos sino el silencio de buena parte de la comunidad científica. Y, más aún, la complicidad —cuando no la iniciativa— del propio IPCC, reconocido portavoz *oficial* de la ciencia climática mundial.

Y es que la *ciencia del clima* pareciera regirse por sus propias normas. Actitudes que en cualquier categoría científica supondrían la inhabilitación, en el caso del clima han devenido en habituales; y errores que debieran suponer el descrédito general, pareciera que son aquí premiados con mayor prestigio.

Tal es el caso de los *modelos climáticos* usados en todos y cada uno de los informes del IPCC. Estos modelos tratan no sólo de predecir el comportamiento futuro del clima, sino de advertir sobre las consecuencias políticas y económicas que deberían tomar los gobiernos de todo el mundo. Y los gobiernos los toman muy en serio. Aunque no deberían.

GRÁFICO 2.



Fuente: (Christy, J.R. & McNider R. T, 2017)

La mixtificación de las ciencias naturales con las sociales —habitual en los modelos del IPCC—, lejos de aportar mejoras, termina por arruinar ambas: se pervierte el método científico y se arruina a la sociedad. Porque la ciencia natural no puede prescribir lo que debe hacerse a nivel social. Una respuesta científica a la reducción de los accidentes de tráfico podría ser eliminar los coches o reducir el límite de velocidad a un nivel ridículo. El problema es que esto colapsaría las ciudades.

Pues bien, los modelos climáticos usados por el IPCC, además de errar en sus proposiciones sociales, simplemente no funcionan al estimar la evolución futura de la temperatura. Como demostró John Christy en un reconocido trabajo²⁰ de 2017, todos los modelos —menos uno— fallaron en sus predicciones y lo hicieron, además, en un mismo sentido: estimando temperaturas *muy superiores* a las observadas en la realidad.

Esto no implica a priori negar la existencia de un calentamiento. Lo que sí implica es negar la validez de estos modelos como guía de acción a la hora de tomar medidas políticas y económicas que afecten al bienestar y al progreso de la humanidad.

4. Nuestras pocas certezas sobre el clima

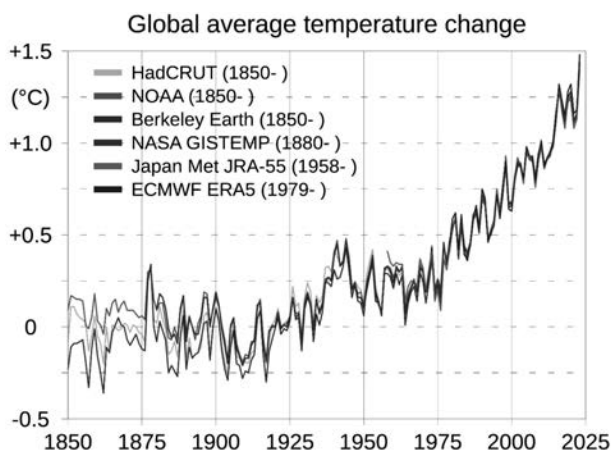
El clima es cambiante por definición y sólo la manipulación estadística puede presentar la época actual como una peligrosa excepción en la historia geológica de la Tierra.

El gráfico 3 es bastante conocido. Al verlo, alguien podría destacar —con razón— que se observa una subida de 1,1°C a lo largo de 120 años, concluyendo que ha habido una subida de 0,09°C por década. Sin embargo, hay periodos de varias décadas en los que vemos un comportamiento muy distinto. Por ejemplo, la tasa de subida llegó a doblar ese promedio en el periodo 1980-2020 (0,2°C por década); en cambio, fue negativa los 40 años previos, de 1940 a 1980 (-0,05° por década). Si ampliáramos el gráfico por la derecha y nos ciéramos al período 1979-2019, que es realmente el único

²⁰ (Christy, J.R. & McNider R. T, 2017)

periodo en el que podríamos decir que las mediciones son precisas y globales gracias al uso de los satélites modernos —y en el que más CO₂ se ha emitido—, podríamos ver que el aumento de las temperaturas apenas ha crecido una décima de grado por década²¹. De esto se deduce que las tendencias suelen depender mucho del intervalo temporal elegido: prácticamente puede extraerse *cualquier tendencia*, la que se quiera, según el intervalo que se elija²².

GRÁFICO 3.



Fuente: (Koonin, 2023).

A fin de establecer hasta qué punto la influencia humana está impulsando el calentamiento global, podría ser de gran utilidad volver a ampliar nuestro gráfico anterior, pero esta vez por el lado izquierdo. Lo vemos en el Gráfico 4.

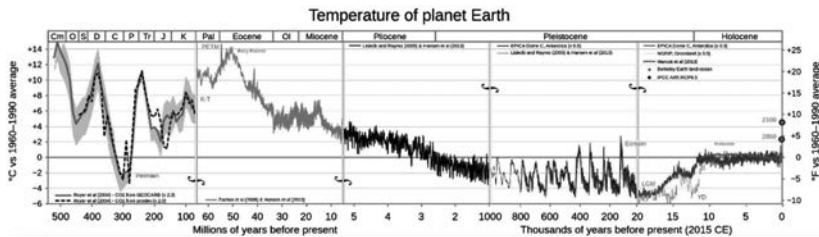
En el primer panel —el de la derecha— vemos que el planeta se ha calentado 5°C desde hace unos 20.000 años. En el siguiente,

²¹ Este periodo, popularmente conocido como “la pausa”, no sólo no fue anticipada por ninguno de los modelos climáticos del IPCC, sino que supone en la actualidad un auténtico reto para los científicos: ¿cómo es posible que emitiendo más gases de efecto invernadero que nunca, la temperatura se haya estancado? ¿Por qué esta disparidad también se mantuvo durante 40 años a lo largo del pasado siglo (1940-1980)?

²² (Koonin, 2023)

vemos cómo se alternan periodos de rápido calentamiento con otros de enfriamiento más lento. Vemos también que el último periodo cálido antes de la actual empezó hace alrededor de 127.000 años, durando unos 20.000. Durante ese periodo, la temperatura ascendió a 2°C , llegando a calentarse la capa superior del océano entre 2 y 3°C por encima de su temperatura actual. Más atrás en el tiempo podemos ver temperaturas mucho más elevadas y cambios más bruscos²³.

GRÁFICO 4.



Fuente: (Koonin, 2023)

En cualquier caso, las variaciones de la temperatura en superficie y el contenido de calor de los océanos que tuvieron lugar en el pasado anterior a 1880 no refutan que la subida de cerca de 1°C en superficie sea de origen antropogénico, pero dejan *fuera de toda duda* que el clima no necesita de la influencia humana para cambiar y que la Tierra ha sufrido cambios *mucho más bruscos* de los que somos capaces de imaginar sin que haya supuesto su final.

Así pues, la verdadera pregunta no es si el planeta se ha calentado en los últimos tiempos, sino en qué medida el CO_2 —más concretamente, el CO_2 *antropogénico*— es quien está generando este calentamiento. Y para saberlo necesitamos poder computar la influencia de los factores naturales que influyen en el clima, algo que, al menos por ahora, nos es completamente imposible.

Saber cómo responde el sistema climático a la influencia humana sería algo así como tratar de inferir la influencia en la

²³ (Koonin, 2023)

pérdida de peso de un ser humano a lo largo de todo un año, añadiendo cada día la ingesta de medio pepino —un incremento del 1 % en la ingesta promedio para un adulto, de unas 2000 calorías al día—²⁴. Teniendo en cuenta la cantidad de factores que influyen en la dieta, tratar de cuantificar la adición de medio pepino al día supondría que *todo lo demás* durante *todos* los días permanecerá *constante*, algo prácticamente *imposible*: energía gastada, energía ingerida, funcionamiento hormonal...

Pues bien, el problema del CO₂ antropogénico y el clima es que, igual que pasaría con el experimento del pepino, todo lo demás *no necesariamente se mantiene constante*.

Baste saber que hay otros factores humanos, como las emisiones de metano, que ejercen una influencia de calentamiento casi equivalente a la del CO₂ antropogénico. Además, no todas las actividades humanas provocan calentamiento. Los aerosoles o la deforestación elevan el albedo terrestre hasta el punto de anular prácticamente *la mitad* del calentamiento de los gases de efecto invernadero. Asimismo, hay que contar con los forzamientos naturales como las variaciones solares o la erupción de los volcanes, capaces de neutralizar *completamente* la influencia humana durante meses.

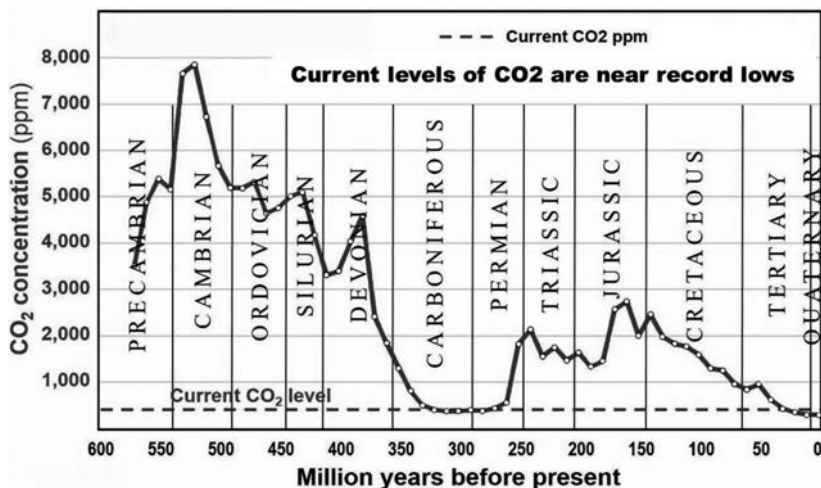
Todo esto nos da una idea general de la cantidad de variables que tendríamos que conocer con total precisión a fin de calcular el impacto real de la influencia humana. Sin embargo, vemos que en nuestra ecuación prácticamente todo son incógnitas por despejar.

Sí sabemos que el CO₂ antropogénico es sólo una parte relativamente pequeña en el ciclo natural del carbono. Y que si volvemos a abrir la perspectiva del tiempo —gráfico 5—, vemos cómo solamente una vez en el pasado geológico —hace 300 millones de años— los niveles de CO₂ atmosférico fueron tan bajos como actualmente.

Desde 1750, esta concentración ha subido de 280 a 410 partes por millón en 2019 y sigue subiendo 2,3 partes por millón cada año. Aunque la mayor parte del CO₂ actual es natural, parece claro que parte de su aumento se debe a la actividad humana.

²⁴ (Koonin, 2023)

GRÁFICO 5.



Fuente: (Berner & Kothavala, 2001).

Hasta aquí todo parece claro. El problema es que todo eso que sabemos queda empequeñecido por la inmensidad de factores relacionados con el clima que aún desconocemos.

El clima se define como las condiciones meteorológicas medias que caracterizan a un lugar determinado. Es una síntesis del tiempo atmosférico, obtenida a partir de estadísticas a largo plazo de una serie de elementos complejos que se relacionan de un modo *caótico*. No hay en él relaciones lineales ni estables, por definición. Y no sólo no conocemos cómo se relacionan sus elementos, sino que ni siquiera los conocemos todos. Es más, los que conocemos, ni siquiera podemos estar seguros de conocerlos bien.

Sabiendo esto, ¿de verdad tiene sentido poner en riesgo nuestro actual bienestar pensando que así vamos a ser capaces de dominar el clima? ¿Estamos realmente en condiciones de identificar a los combustibles fósiles como el arma de un supuesto crimen climático *con total certeza, más allá de toda duda razonable*? ¿Tiene sentido, en cualquier caso, que la ciencia natural *prescriba* acciones sociales?

5. El necesario papel de las ciencias sociales

A partir su Tercer Informe de Evaluación —en el que aparecía el Palo de Hockey de Mann—, el IPCC fue adoptando en sus informes cada vez más términos propios de las ciencias sociales, como el *consenso*, que junto a otros —como el *desarrollo sostenible*— se convirtió en el gran mantra del ecologismo contemporáneo.

La ciencia ni debe ni puede funcionar por *consenso*. La Teoría de la Gravedad no funciona porque se haya votado en mayoría. Es más, la historia de la ciencia demuestra que las grandes verdades han avanzado siempre *en contra de la mayoría*. Y, sin embargo, en esto también parece que la ciencia del clima tiene sus propias reglas, no admitiendo debate alguno: quienes dudan, son vistos como *herejes*.

El famoso consenso climático es el resultado de un trabajo de investigación (Cook et. al. 2013) cuya conclusión era que “más del 97% [de los artículos analizados] respaldan la idea de que la Tierra se está calentando y que las emisiones de gases de efecto invernadero de origen humano son su principal cau”. Sin embargo, analizando su metodología²⁵ descubrimos que apenas el 2% podría entrar dentro del “apoyo explícito con cuantificación” —esto es, que sus autores defendieran que el ser humano es responsable en al menos un 50% del calentamiento—. Como la cifra es irrisoria, Cook añadió la categoría del *apoyo explícito sin cuantificación*, donde los autores no decían si el ser humano era responsable del 1% o del 100%. Por si fuera poco, añadió una tercera categoría: el *apoyo implícito*, con la que sumó todos los artículos que *sugiriesen* que el ser humano tenía *alguna* influencia en el calentamiento global. Y así fue como llegó a la hoy famosa cifra del 97%.

Un ejemplo más de manipulación y, sobre todo, de burla al método científico. Y, de nuevo, un ejemplo nada baladí, ya que con él se crea el gran argumento con el que cerrar de inmediato cualquier debate —social o académico— sobre el calentamiento global.

Sin embargo, el mensaje ecologista sigue topándose con el hecho frustrante de que su constante bombardeo propagandístico

²⁵ (Friedman, 2014).

no termina de calar. Más allá de su validez científica, parece que sus premisas no son aceptadas en la práctica.

Una encuesta de 2019 del Washington Post reveló que el público no gastaría más de 24 dólares al año para solucionar un problema con el que decían estar muy concienciados²⁶. Conviene recordar que las políticas verdes ya están suponiendo un coste que varía entre los miles y las decenas de miles de dólares por persona al año.

La propia necesidad de la coacción estatal pone de manifiesto que los beneficios de la transición energética no son percibidos como tales por los ciudadanos, algo que no había pasado antes. Pensemos en el paso del coche de caballos al coche o de los bueyes al tractor. Fueron transiciones *voluntarias*, fruto de la percepción *subjetiva* de ventajas reales en el cambio. Además, ante la ausencia de coacción, pudieron coexistir durante la transición las técnicas pasadas, presentes y futuras, evitando así descoordinaciones propias del intervencionismo. Por ello, además, no fue necesario hacer gigantescos planes de ayuda a la transición, ya sea para ayudar a la adquisición de las nuevas tecnologías o para facilitar el abandono de las viejas²⁷.

Más grave aún es la hipocresía de los propios gobiernos.

Si observamos la lista de empresas que más CO₂ emiten a la atmósfera, podemos ver que ocho de las diez primeras —responsables del 32,3% del total de emisiones por CO₂— son de carácter público²⁸. Asimismo, más de una vez hemos visto cómo, en cuanto la situación internacional ha hecho subir los precios de los carburantes, los gobiernos los han subvencionado para que la gente siguiera usándolos con normalidad. Por otro lado, si nos enfrentamos a la catástrofe que nos anuncian, ¿cómo es posible que las grandes cumbres y protocolos internacionales sobre el clima se basen en meras declaraciones de intenciones? Todo esto *desmiente en la práctica* todo el discurso de la irreversibilidad de la transición energética y, sobre todo, desacredita su urgencia.

Ante este problema, los líderes del movimiento ecologista tienen clara la solución: se hace necesario un *gobierno mundial* capaz

²⁶ (Lomborg, 2020. Pag. 10.)

²⁷ (Bastos, 2022).

²⁸ (Puga, 2023).

de centralizar las decisiones e imponer sanciones a todos aquellos que no obedezcan sus dictados. La teoría de la imposibilidad del socialismo, sin embargo, demuestra que esta solución sólo aportaría descoordinación y caos, resultando improductiva incluso para sus propios intereses.

Demos temporalmente por bueno el argumento central del catastrofismo climático: nuestro planeta corre peligro a causa de las emisiones de gases de efecto invernadero de origen humano. ¿De verdad podemos decir que el intervencionismo estatal está ayudando a reducirlas?

En su afán alarmista, desde las instancias de poder se suele hacer énfasis en *plazos concretos* a fin de enfatizar la urgencia de las medidas intervencionistas. Cuando estos plazos se quedan en mensajes propagandísticos —“el plazo se agota”, “el mundo se acabará en 5 años”...—, lo más que pueden causar es el debilitamiento del mensaje. Pero cuando estos plazos son incorporados a la legislación, el daño real que producen es irreversible.

En economías muy capitalizadas como las occidentales, los procesos productivos son muy largos y conllevan grandes cantidades de tiempo. El mercado, al anticipar los precios futuros, hace que las consecuencias comiencen en el mismo momento en que se establecen las medidas. Así, por ejemplo, los ingenieros de *hoy* descartan investigar el modo de hacer más eficientes los motores de combustión del *futuro*. Las fábricas de este tipo de motores comenzarán a reducir drásticamente las inversiones que podrían haber previsto a veinte años y comenzarán a no amortizar la maquinaria especializada. A la industria de refino le pasará algo semejante. Lentamente, irá cerrando y dejando de invertir en mejorar la calidad de su producto o en investigar en productos con menos emisiones. Todas las inversiones en mejorar el carburante fósil serán lentamente abandonadas, dado lo estricto de la prohibición que el mensaje ecologista exige. Y así, poco a poco, irán abandonándose todos los procesos que podrían habernos conducido a un futuro con muchas menos emisiones.

Otro ejemplo que podría citarse es el de la responsabilidad de las políticas intervencionistas a la hora de incentivar una producción y un consumo excesivo, no basado en ahorro real. Al descoordinarse la información que debería fluir libre en el mercado

—fundamentalmente, en la formación de precios debido al papel pernicioso de los bancos centrales—, se producen múltiples procesos de ineficiencia y despilfarro, aumentado sin duda la cantidad de emisiones que se hubieran dado en una situación de libre competencia.

Es llamativo también comprobar cómo, en nombre de lo verde, las políticas ecologistas detendrían el inmenso proceso de reverdecimiento del planeta que se ha producido en los últimos años, debido en gran parte al efecto fertilizador del CO₂²⁹.

Por no hablar de la fatal arrogancia estatal a la hora de elegir de un modo centralizado —donde la libre formación de precios y la competencia brillan por su ausencia— las distintas formas de energía con las que sostener el progreso de la humanidad. Es evidente que un uso en libertad de este tipo de energías renovables podría ser muy beneficioso en determinadas circunstancias de tiempo, forma y lugar. Pero esas circunstancias, al no estar definidas en un entorno de libertad, pueden tener consecuencias ecológicas negativas —muerte de especies animales, ocupación de inmensas cantidades de tierra...—, como de hecho está sucediendo ya.

Las dos grandes vías de acción frente a los cambios climáticos son la adaptación y la mitigación. El intervencionismo estatal de los gobiernos opta ciegamente por la segunda opción, cometiendo con ello dos grandes errores.

En primer lugar, pensar que la mitigación es posible. Esta es quizá la peor de las confusiones a que nos ha llevado la propaganda oficial. La arrogancia de unos políticos que dicen poder contener las fuerzas de la naturaleza a base de decretos cuando sus propios modelos no sirven para prever la evolución climática. Pero es que, además, al extraer tal cantidad de recursos del mercado —en forma de dinero, conocimiento, coordinación...— se está debilitando la vía de la adaptación, que es precisamente lo que mejor sabemos hacer, como hemos visto más arriba.

²⁹ En los últimos 35 años, se ha incrementado la frondosidad de las plantas y los árboles en una cantidad equivalente al doble de la superficie continental de Estados Unidos; o sea, el equivalente a cubrir de plantas y árboles todo el continente australiano dos veces. (Lomborg, 2020).

A pesar del discurso catastrofista, gracias al capitalismo y a los combustibles fósiles, el ser humano se ha independizado como nunca antes de tener que pensar en las condiciones meteorológicas para sobrevivir. Jamás fue tan residual la cantidad de gente cuya vida depende del calor, del frío o de la lluvia. Y esto se debe a que, gracias a nuestra riqueza, tenemos construcciones, tecnología, vestimenta, ... que nos protegen contra todo ello hasta el punto de que las muertes relacionadas con la climatología han descendido, a nivel global, un 98%³⁰.

Por último, conviene poner el foco en la principal contradicción que podría generar la famosa *transición energética*: siendo su principal razón la de reducir emisiones, bien podría provocar un aumento considerable de las mismas. Y es que si la generación de electricidad de un país en cuestión requiere del uso de carbón, fuel o gas, como en el caso de China, bien pudiera suceder que, al final, la adopción de tecnologías supuestamente limpias como el coche eléctrico, terminase emitiendo más que antes por lo que, en el mejor de los casos, no serviría de nada el adoptar la nueva tecnología. Ya hay ejemplos, en la propia Europa, en los que la adopción de energías renovables, lejos de traer ningún supuesto beneficio, está provocando una clara regresión hacia formas más contaminantes de energía. El caso paradigmático es el de Alemania. Embarcada desde hace 20 años en una transición energética intervencionista, en 2025 habrá gastado más de 580.000 millones de dólares, para generar sólo el 42% de su electricidad a partir de energía eólica, solar y biomasa, dependiendo del respaldo del gas natural, de la importación de energía de países vecinos y de la vuelta forzada al uso de la quema de carbón —el combustible fósil con más emisiones—³¹. Y todo a un coste asombroso: los precios en electricidad han subido un 50% desde 2007, siendo en 2019 un 45% más caros que la media europea. Alemania no es un caso aislado. En California, estado vanguardista en energías *limpias*, el precio de la energía ha aumentado 6 veces más rápido que en el resto del país desde 2011.

³⁰ (Goklany, 2011)

³¹ (Fernández Ordóñez, 2022).

6. Conclusión

La consecuencia última y segura de todas las políticas climáticas de corte intervencionista sería el empobrecimiento general de toda la población. Un empobrecimiento que haría volver a la casilla de salida a los países que han logrado por fin escapar, con enorme esfuerzo, de la trampa malthusiana y las condiciones de vida que han atenazado al ser humano durante la mayor parte de su historia.

Las mejoras en salud, alfabetización y bienestar no están garantizadas. Son consecuencia directa de un modo de vida concreto, basado en la libertad, el capitalismo y el acceso a fuentes de energía baratas, fiables y abundantes.

Buscar la condena del capitalismo o de los combustibles fósiles implica condenarnos a todos a la muerte y la pobreza. Por ello, esa condena debería basarse en unas *certezas* claras y evidentes.

En un sistema legal civilizado, un acusado no debe ser declarado culpable a menos que las pruebas en su contra sean tan convincentes que no quede ninguna *duda razonable* en la mente del jurado o del juez.

Como esperamos haber demostrado, esto no es algo que puedan decir quienes buscan condenarnos a todos.

Conflictos de intereses

El autor declara no tener ningún conflicto de intereses.

Referencias

- Ball, Tim (2014). *The deliberate corruption of Climate Science*. Stairway Press.
- Bastos, Miguel Anxo (2022). "Problemas de coordinación de la transición energética (I)." Disponible en: <https://juandemariana.org/ijm-actualidad/analisis-diario/algunas-cuestiones-disputadas-del-anarcocapitalismo-lxxvi-transicion-energetica-problemas-de-coordinacion/> (consultado el 26 de marzo de 2024).

- Berner, Robert A. & Kothavala, Zavareth (2001). "GEOCARB III: A revised model of atmospheric CO₂ over Phanerozoic time". *American Journal of Science*, Vol. 301, February, 2001, P. 182-204
- Christy, J.R. & McNider R. T. (2017). "Satellite Bulk Tropospheric Temperatures as Metric for Climate Sensitivity". *Asia-Pacific Journal of Atmospheric Sciences* 53 (4): p. 511-518.
- John Cook et. al. 2013 *Environ. Res. Lett.* 8 024024
- Ehrlich, Paul R. (1968). *The population bomb*. New York, Ballantine Books.
- Epstein, Alex (2023). *Futuro Fósil*. Deusto.
- Fernández Ordóñez, Miguel Ángel (2022). *En busca de la libertad*. Gaveta Ediciones.
- Friedman, David (2014). "A Climate Falsehood You Can Check for Yourself." Disponible en <http://davidfriedman.blogspot.com/2014/02/a-climate-falsehood-you-can-check-for.html> (consultado el 26 de marzo de 2024).
- Goklany, Indur M. (2011). "Wealth and Safety: The Amazing Decline in Deaths from Extreme Weather in an Era of Global Warming, 1900-2010". *Reason Foundation*.
- Hazlitt, William (1930-34). *A Reply to the Essay on Population by Reverend T. R. Malthus*, Complete Works. P. P. Howe.
- Holdren, John P. y Ehrlich Paul R. (1971). *Global ecology: readings towards a rational strategy for man*. Harcourt Brace Jovanovich.
- Hoppe, Hans Hermann (2021). *Progreso y declive*. Unión Editorial.
- King, Alexander; Schneider, Bertrand (1993). *The First Global Revolution. The Club of Rome*.
- Koonin, Steven E. (2023). *El clima. No toda la culpa es nuestra*. La Esfera de los Libros.
- Lomborg, Bjorn (2020). *False alarm*. Hachette Book Group.
- Mann, Michael E.; Bradley, Raymond S.; Hughes, Malcolm K. (1999), "Northern hemisphere temperatures during the past millennium: Inferences, uncertainties, and limitations", *Geophysical Research Letters*, 26 (6): 759-762.
- Malthus, Thomas Robert (1982). *Primer ensayo sobre la población*. Alianza Editorial.
- McIntyre, S. & McKittrick R. (2003). "Corrections to the Mann et al. (1998) Proxy Data Base and Northern Hemispheric Average Temperature Series". *Energy & Environment* 14: 751-777.

- Puga, Miguel (2023). "No es el capitalismo: ocho de las diez empresas que más contaminan del mundo son estatales." Disponible en: <https://www.libremercado.com/2023-05-24/no-es-el-capitalismo-ocho-de-las-diez-empresas-que-mas-contaminan-del-mundo-son-estatales-7015622/> (consultado el 23 de marzo de 2024)
- Rothbard, Murray (2006). *Historia del pensamiento económico. Volumen II*. Unión Editorial.
- Seitz, F. (1996). "A major deception on global warming". *Wall Street Journal*. 12 de Junio de 1996.
- Singer, S. Fred, Legates, David R., & Lupo, Anthony R. (2021). *Hot Talk, Cold Science*. Independent Institute.
- Tupy, Marian L. y Pooley, Gale L. (2023). *Superabundancia*. Deusto.